

Y reía... reía...

Carballo, el poeta romántico y sentimental, el de las largas y negras melenas, el bohemio de pálido y consumido rostro, el de los ojos hundidos entre el enlutado cerco de unas profundas ojeras, el de la vida triste y misteriosa, estaba enamorado.

En un rincón absurdo del cabaré coqueto y luminoso, pasaba las noches de su amarga y difícil bohemia; emborrónando sin cesar montones de cuartillas en las que vertía a gota la esencia agri dulce de todas sus penas, que eran tan grandes, ¡tan hondas!

Conchita, la linda «mariposuela» que volaba de mesa en mesa vendiendo sus caricias, la muñeca coqueta del cabello de oro, la de los labios sangrantes y rojos, era la mujer que adoraba... Su *Mimi*.

Pensando en ella vivía felices las horas de su existencia; pero estaba enfermo. Una fuerza misteriosa lo arrastraba lentamente hacia aquella enfermedad que lo iba consumiendo.

Carballo sufría mucho; tuvo la suerte o desgracia de nacer poeta y por lo tanto era amigo de la fatalidad. Creía en el amor; pero aquella mujercita que gozaba siempre adornada de sedas entre risas y champagne, no gustaba de romanticismo, no sabía qué quería decir un verso de doir.

Con él, se reunían otros bohemios; Capdevila, Aldaz, Marsá, Giménez, Ravengar... Todos ellos sabían una historia vivida de un pasado amargo y cruel.

A veces le aconsejaban que olvidara aquella pasión loca, porque no era correspondida.

Conchita vivía para el dinero y no para la poesía.

Un día el poeta no fué al cabaret; la tisis lo había vencido definitivamente; estaba enfermo de gravedad.

Cuando sus amigos supieron la noticia, fueron a su casa; pero se horrorizaron al verlo.

Tendido sobre un mísero camastro se hallaba su

cuerpo, su pobre cuerpo que tantas veces había vagado luchando con el frío, el hambre y la miseria. Se reflejaba en su rostro el retrato de la muerte y hablaba con voz de tumba, que estremecía al oírse.

Cinco melenas, cinco negras chalinás y cinco chámbergos, rodeaban la cama del poeta enamorado. Un silencio sepulcral daba a la escena más sentimiento.

Carballo quiso incorporarse para hablar; pero le fue imposible; entonces, uno de ellos se acercó y escuchó de sus labios estas frases; (las últimas que pronunciaba) «Decídselo a Conchita... decídlas, que muero pensando en ella...»

Una tos seca interrumpió sus palabras; se incorporó y cayó pesadamente sobre el mullido lecho, para no levantarse jamás.

De todos los ojos que lo miraban brotaron lágrimas y de todos los labios una oración.

Carballo había muerto.

A la mañana siguiente, la campana de aquella parroquia lanzaba al vacío su fúnebre voz, que hacía eco en el corazón de todos los artistas.

Muy despacio, caminaba el cortejo hacia el palacio santo del sueño eterno.

Tan solo lo seguían los cinco bohemios que lo vieron morir.

En el cabaré, las notas de un pasodoble flamenco, demostraban la alegría.

Conchita, entre burgueses y champagne, iba vendiendo sus falsas caricias por una copa de licor.

Y reía... ¡reía!

PAUL BESCOTS

París Agosto 1924.

Las navajas de Albacete

Aun se quejaban mis oídos del tintineo continuo que producen los tranvías; y sin desaparecer de ellos el run run incesante de la gran ciudad, el tren detuvo su marcha y llegó a la estación.

Al momento, el coche de tercera se vio asaltado por un grupo de individuos que con gesto feroche y blusa corta, ofrecían a cada viajero un arma suicida; un arma de acero, puntiaguda y brillante, que podía dafin en un segundo a todos mis sueños de loco y de poeta.

Quise huir; pero el grupo de hombres terribles invadió el departamento.

Había para todos; aquel objeto lo mismo podía interesar a una señora que a un caballero.

Pero lo rechazaban...

¿Cómo no?...

En un descuido de ellos pude esconderme bajo mi manta de viaje y desde allí observé. Mas cual no sería mi sorpresa al ver avanzar hacia aquel rincón a un hombre portador de trágicas ideas; un hombre absurdo, que ofrecía la muerte bajo el brillo claro de un puñal.

Lo contemplé horrorizado; a él y al instrumento

que bajo la luz pálida que iluminaba el vagón despedía reflejos intrigantes.

Se acercó a mí y entonces, desconfiado, saqué la cabeza para observar mejor...

—¿Quiere usted una navaja?

—¿Le interesa este puñal?

Lo decía seriamente; y a veces con el ofrecimiento enlazaba una sonrisa.

No contesté.

Albacete.

Habíamos llegado...

A los ocho días, regresé a Madrid malhumorado que por todo me había salido mal...

Yo, que había hecho un viaje con la sola intención de buscar una novia para casarme...

Fracasé, si... fracasé...

Mas ignoro el motivo...

Ahora al recordar la aventura, pienso seriamente en el silencio absoluto de mi habitación:

¿Será que para entrar en Albacete con suerte, es imprescindible adquirir antes una navaja en el tren?

LUCIFER

Madrid-Agosto-1924.



En el místico silencio

de la noche,

suena... suena...

suena el órgano y sus notas son tristes como tu ausencia.

Es una mujer que llora, es un anciano que enferma, es un niño que cantando va, sin saber la tragedia; mientras gime, mientras muere

alguien en la noche aquella.

Sigue el órgano sonando con dulzura, suena... suena...

Y aquel eco cuyas notas arrancaron unas teclas, va a perderse triste y solo por la noche fría y negra.

Suena el órgano piano... suena fuerte... suena... suena...

y al sonar trémulo y triste, triste día me recuerda.

Lleva en sus notas divinas, de músicas, la más bella; suena el órgano llorando, suena el órgano en la Iglesia.

Sus acordes, son la pena que lentamente se acerca, para decirme que toca por mi madre, que está muerta.

Sigue el órgano sonando;

sigue el órgano, no cesa, y aunque me ve cómo lloro... sigue... sigue...

suena... suena.

Mario ARNOLD

Albacete. Agosto. 1924.